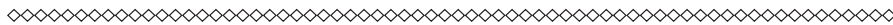




OBISPO





OBISPO

HOMILÍAS

Exequias del Rvdo. Sr. D. Manuel Sampayo Pérez

Parroquia de Cristo Rey de As Lagoas, 11 de abril de 2018.

Mis queridos hermanos sacerdotes.

Hermanas y hermanos míos en el Señor.

Permitidme que, en primer lugar, manifieste mis sentimientos de pesar por el fallecimiento de D. Manuel, en mi nombre y en el de todo el Presbiterio Diocesano, representado aquí por este buen número de concelebrantes. Nuestro sentimiento de dolor es mutuo porque también D. Manuel pertenecía a esta familia sobrenatural, constituida por los lazos no de la sangre, sino por aquellos que brotan de la recepción del Sacramento del Orden Sacerdotal.

Nuestro hermano sacerdote se ha ido a la Casa del Padre en el día que celebrábamos la Solemnidad de la Anunciación del Señor, fiesta en la que esos dos grandes amores del corazón de un sacerdote, Jesús y María, acogían a D. Manuel en esa eternidad a la que todos estamos llamados.

¡Mis queridos hermanos y hermanas! Esta liturgia exequial debe llenarnos de esperanza porque la estamos celebrando por un sacerdote bueno y fiel que, a lo largo de su ministerio pastoral, *explicó al pueblo de Dios palabras de vida* - tal como les encomendó el ángel a los apóstoles cuando fueron liberados de la prisión, y nos lo recuerda la primera lectura de este miércoles de la II Semana de Pascua. Os exhorto a todos los presentes a proclamar *Palabras de Vida*. Esta es misión propia de todo bautizado, pero más del sacerdote.

Lo sacerdotes, en virtud de nuestro ministerio estamos llamados a explicar al pueblo Palabras de Vida y, no nos olvidamos que esas palabras están contenidas en el Evangelio, y ese Evangelio viviente es el mismo Jesucristo: el crucificado-resucitado. Ahí está el fundamento de nuestra esperanza ¡en el eterno Viviente! Y si Él, Jesucristo, venció definitivamente a la muerte con su Vida, de igual modo, *todo el que cree en Él no perecerá... sino que tendrá la Vida Eterna*. Qué poco se piensa y se cree en la vida eterna. Nos imaginamos que a nosotros no nos va a sorprender la muerte. Por eso puede sucedernos que nos enfrasquemos en nuestras cosas, en tantos proyectos; o quizás - como nos recuerda lo vuelve a recordar el papa Francisco en su nueva exhortación apostólica - enrocados en esa violencia verbal... llegando incluso a perder los límites, porque se suele naturalizar la difamación y la calumnia... se produce un peligroso dualismo. Buenos por delante y

jueces condenadores de los hermanos por detrás. El santo no gasta sus energías lamentando los errores ajenos, es capaz de hacer silencio ante los defectos de sus hermanos y evita la violencia verbal que arrasa y maltrata (Cf. Exhortación *Gaudete et exultate*, n. 116) Y la razón fundamental es porque cree en la vida eterna y sabe bien que se le pedirá cuenta de **toda palabra ociosa** que haya pronunciado contra su hermano.

Hermanos: ¡Estamos viviendo, litúrgicamente, la Pascua del Señor! Este acontecimiento también debe marcar esta celebración y, mucho más, tratándose de la Misa exequial de un sacerdote como D. Manuel. Como cristiano, y como sacerdote, nuestro hermano se esforzó por ser testigo de la Luz de Dios y así luchó por hacérselo llegar a sus feligreses. Con sus labores pastorales, con su vida, el sacerdote debe esforzarse por ser un buen cristiano, es decir, un testigo que camina en la luz, sabiendo que si obramos mal, a sabiendas, no somos testigos de la luz del Dios Vivo porque todo el que obra el mal detesta la luz y prefiere vivir en tinieblas, como nos recordaba el Evangelio proclamado hoy.

Cada vez que acompañamos los restos mortales de un hermano nuestro, al inicio de la celebración, encendemos el cirio pascual que se coloca cerca del féretro. ¡Es un símbolo cargado de un gran significado! Es tanto como afirmar que Jesucristo Resucitado y Vivo, Luz del mundo, es para todos, y en especial en este hoy de Dios para D. Manuel, esta luz no sólo es prueba de inmortalidad, sino de resurrección. Porque eso creemos y esperamos.

Cuando se nos muere un sacerdote vienen a nuestro recuerdo todos aquellos lugares por donde ha transcurrido su vida pastoral. D. Manuel, al poco de ser ordenado, fue nombrado cura encargado de Santa Cruz de Queixa y San Pedro Fiz de Cadeliña en el concello de Chandrexa de Queixa, Santa María de las Nieves de Chás, San Juan de Granxa, Santa María de Viñoás, San José de Carballeira y, desde el año 1979, pasó a Cornoces, Abruciños, Fontefría, Parada de Amoeiro y Rouzós. En donde le recordáis con respeto y veneración, de los que he sido testigo personal.

Al recorrer su trayectoria, con el corazón agradecido, en nombre de esta Iglesia diocesana, damos gracias a Dios por la fidelidad probada de este sacerdote, por sus recorridos pastorales, por los lugares en donde ejerció su ministerio y por esas obras sacerdotales que tan solo Dios, el único buen pagador, le recompensará con creces.

Muchos de los que estáis aquí conocéis bien los últimos afanes de su vida, así como la preocupación por los niños y los jóvenes. Sus obras, llenas de luz le acompañan y, si por debilidad de la condición humana, alguna vez no dio toda la claridad que era de esperar de un sacerdote, acogemos su vida y la ponemos en manos de Aquél que es rico en misericordia y sabe cubrir nuestros males con la ternura de su divino corazón.

Antes de finalizar esta reflexión quisiera decir que, ayer, cuando leía la nueva exhortación apostólica del Papa Francisco: *Gaudete et exsultate. Sobre la llamada a la santidad en el mundo actual*, - que os la recomiendo vivamente a todos como lectura no solo de estudio, sino sobre todo como lectura espiritual - como una especie de *lectio divina* peculiar -; pues bien, cuando la volvía a releer me encontré con un pensamiento del papa que dice:

No existe identidad plena sin pertenencia a un pueblo (comunidad). Por eso nadie se salva solo, como individuo aislado, sino que Dios nos atrae tomando en cuenta la compleja trama de relaciones interpersonales que se establecen en la comunidad humana (nº 6).

Este sacerdote, más que cualquier cristiano tiene el convencimiento de que esta pertenencia a un pueblo, a una comunidad forma parte de su identidad. ¡No somos islas! Somos y tenemos una familia, una comunidad o parroquia de referencia. En el caso de algunos sacerdotes, hasta deja de existir su nombre propio para ser: O Sr. Cura de Amoeiro, de Abruciños, etc. D. Manuel, cuyos restos mortales vamos a enterrar en el surco de la tierra en donde nació - ahí se ve una prueba de esa pertenencia a un pueblo - fue un hombre de comunión. Incluso en los momentos de enfermedad se hacía presente en las concelebraciones en la Catedral, en el Seminario -al que le profesaba un gran afecto- siendo cauce y acompañante de vocaciones. Aparecía en los retiros sacerdotales, en los Ejercicios Espirituales, en los encuentros arciprestales. Siempre estamos a tiempo de aprender de nuestros sacerdotes mayores, su fidelidad - a veces dolorosa - pero siempre fiel, les ha hecho testigos misioneros de aquel que es la Luz del mundo.

Acojo, en nombre de esta Iglesia, en el regazo de Santa María Madre, Madre y Reina de los sacerdotes, la historia y la vida pastoral de D. Manuel Sampayo y rogamos a Nuestra Señora que cuando Ella se presente del Dios de las misericordias le hable bien de nuestro hermano sacerdote, le acoja en su Reino y desde allí siga ayudándonos en virtud de esa misteriosa y fecunda Comunión de los Santos.
¡Qué así sea!

Ordenación de Diáconos

Colegio Eclesiástico Internacional Bidasoa Navarra.
Parroquia de San Nicolás. Pamplona, 14 de abril de 2018.

Sr. Rector, Consejo de Dirección y Alumnos del Colegio Eclesiástico Internacional Bidasoa.

Párroco de San Nicolás de Pamplona.

Queridos hermanos sacerdotes concelebrantes.

Hermanas y hermanos míos en el Señor.

Permitidme que salude con especial afecto a los que van a recibir el Orden del Diaconado, a sus familiares y compañeros de facultad.

¡Queridos amigos todos!

¡Soy yo, no temáis! (Jn 6, 20). Acabamos de escuchar estas palabras que el Señor dirigió a aquel grupo de discípulos que, asustados a causa de las dificultades de aquella singladura en medio del mar de Galilea, parece que no son capaces de recibir a Jesús a bordo de su embarcación. Es curioso, este texto que el IV Evangelio presenta en medio del discurso del “pan de vida” y después del milagro de la multiplicación de los panes, la liturgia de hoy quiere que lo acojamos en clave postpascual, que es la auténtica lectura que debemos dar a este texto. En ella vemos como al crucificado-resucitado, como al Señor vestido de *majestad y ceñido de poder*.

Quisiera dirigirme a vosotros, los que vais a ser ordenados diáconos:

¡No tengáis miedo! El Señor está aquí, Él quiere subir a bordo de tu existencia. Se fía de ti. Sólo te pide que abras tu corazón y te dejes llenar de espíritu y sabiduría, semejante al que llenó a aquel primer grupo de *hombres de buena fama* que elegidos por la Iglesia naciente se convirtieron en los primeros diáconos, es decir, en los servidores de aquella comunidad que iba creciendo y multiplicándose (Cf. Hch 6, 3-7). Como veis, siempre el servicio auténtico es causa de crecimiento de la vida comunitaria y, al mismo tiempo, las comunidades auténticamente vivas generan más vocaciones al servicio del Señor. Es como una regla matemática que el amor de Dios y la generosidad de los fieles hacen que acontezca así.

Por eso, de nuevo os digo las mismas palabras del Señor: *¡No estáis solos! No tengáis miedo*. Es el Señor que viene a vuestro encuentro y repite con serenidad y, al mismo tiempo, con firmeza: *No tengáis miedo* (Mc 6,50). *Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin de los tiempos* (Mt 28,20). Estas palabras del Señor que resuenan en el seno de la Madre Iglesia os permitirán caminar y servir con esa actitud llena de coraje, similar a aquella que suscitaba el Espíritu Santo en los Apóstoles y que les llevó a anunciar a Jesucristo por el mundo entero. Y vosotros, que pertenecéis a once naciones distintas, sois exponentes significativos del extenso

mundo que espera ser reevangelizado con nuevo ardor, con nuevos métodos, con vuestros corazones convertidos en discípulos misioneros.

En este mismo sentido, hace tan solo unos momentos elevábamos al Padre de la misericordia esta oración que nos ofrece la liturgia de la Iglesia para la ordenación de diáconos:

Oh Dios, que enseñaste a los ministros de tu Iglesia a servir a los hermanos y no a ser servidos, concede a estos hijos tuyos, que has elegido hoy para el ministerio del Diaconado, disponibilidad para la acción, humildad en el servicio y perseverancia en la oración.

Permitidme que me centre, por unos momentos, en estas tres peticiones que la Iglesia hace por los Diáconos en el día de su ordenación, pues nos servirá para acercarnos al misterio que el amor de Dios quiere realizar, a través de este buen grupo de jóvenes seminaristas:

Disponibilidad para la acción.

Humildad en el servicio.

Perseverancia en la oración.

1.- Disponibilidad para la acción. En primer lugar la Iglesia pide para vosotros disponibilidad. Pero creedme, no habrá auténtica disponibilidad si no se descubre, paulatinamente, la importancia del *espíritu sacerdotal de pobreza* (n. 83) a la que, curiosamente, el nuevo *Directorio para el Ministerio y Vida de los Presbíteros* le dedica una determinada atención en el contexto de las *dificultades y objeciones* que el mundo actual provoca a la vida sacerdotal. Resulta sorprendente que la doctrina que la Iglesia Católica ha elaborado sobre nuestra vida y ministerio nos propone, como camino de solución para los muchos problemas que pueden asaltar al ejercicio del ministerio ordenado: *la vivencia de la pobreza evangélica y la devoción a María.*

Mis queridos seminaristas que vais a ser ordenados Diáconos: Convinceos de que si queréis vivir vuestro ministerio, en vuestro caso, el ministerio diaconal, en una actitud de: *disponibilidad para la acción pastoral*, es imprescindible aprender a vivir, cotidianamente, la virtud de la pobreza al estilo de Jesucristo. Por eso, así reza la primera petición de la oración colecta de esta Misa. Cuando nos centramos en nosotros mismos, en nuestros criterios, gustos y opiniones; cuando hacemos que todo gire en torno a nosotros mismos y que los demás se conviertan en peones de nuestro yo; cuando nuestra preocupación es el crecimiento de la cuenta corriente y nuestro ministerio deja de poseer el sentido de la gratuidad evangélica: *gratis habéis recibido, dad gratis* (Mt 10,8), entonces, algo comienza oler a podrido en nuestra vida de cara al ministerio. ¡Estad atentos! ¡Tenemos que reaccionar pronto!

Esta frase evangélica: *gratis habéis recibido, dad gratis* la pronunció Jesús en el contexto de unas curaciones que había realizado acompañado de sus discípulos.

Va a ser en esta ocasión cuando el Señor pronunciará: *la mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies* (Mt. 9,37). Y cuando llamará a sus doce discípulos (...) y los enviará (Mt 10, 1 ss.).

Queda claro pues que los que hemos recibido el ministerio del diaconado y del presbiterado seremos hombres disponibles si vivimos la pobreza evangélica que **no consiste en no tener nada**, sino en que los bienes, las cosas, las mismas personas, no se adueñen de nuestro corazón y lleguen a manipular nuestro ministerio - empobreciéndolo - y a metalizar nuestra existencia, hasta llegar a perder nuestra vocación. No os olvidéis, estaremos siempre disponibles al querer de Dios y de su Iglesia, si luchamos por vivir desprendidos de nuestras cosas, comenzando por nuestro yo. Seremos de esos hombres que necesita hoy la Iglesia. Eso lo lograremos si vivimos el espíritu sacerdotal con disponibilidad. Hace unos días, el Santo Padre, en su última exhortación apostólica, *Gaudete et exsultate*, nos decía: *El Señor lo pide todo, y lo que ofrece es la verdadera vida, la felicidad para la cual fuimos creados. Él nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada, licuada* (GE, n. 1). Además, *las riquezas no te aseguran nada. Es más: cuando el corazón se siente rico, está tan satisfecho de sí mismo que no tiene espacio para la Palabra de Dios, para amar a los hermanos ni para gozar de las cosas más grandes de la vida. Así se priva de los mayores bienes* (GE nº. 68). Y uno de esos grandes bienes es la fidelidad en el ministerio hasta la muerte.

2.- Humildad en el servicio. Es lo que, en segundo lugar, la Iglesia pide a Dios para vosotros. En realidad, lo pide para todos aquellos que hemos sentido la llamada del Señor para el ministerio ordenado. En este sentido, nos puede servir la Palabra del Señor que nos dice: *En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae a tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto* (Jn 12, 20-33). Si todos los cristianos estamos llamados a acoger esta invitación de Jesús de hacernos como un grano de trigo, mucho más los diáconos, sacerdotes y obispos. Hago más unas palabras del papa Francisco comentando esta frase de Jesús. Dice el papa: *El grano que quiere seguir siendo grano, que le tenga miedo a la humedad, que no esté dispuesto a desaparecer como grano, ¿cómo va a dar fruto? Si el grano muere, nacerá una nueva planta.* Sentirnos como granos de trigo, empapados en la sangre redentora de Jesucristo y dejar que esta mano, a través de las mediaciones de la Iglesia, nos arroje en el surco de la labor ministerial ¡Dónde sea! ¡Acompañado de quien sea! Sin acepción de personas ni de lugares. Así, con esta sencillez de espíritu y con este corazón humilde, daremos frutos.

Una vez ordenados diáconos quedaréis *habilitados para servir al pueblo de Dios en la diaconía de la liturgia, de la Palabra y de la caridad*. Por favor, no caigáis en esa especie de dictadura clerical que lo estropea todo y termina por convertirnos en funcionarios de lo sacro. Vivid la auténtica humildad del grano maduro que se

deja arrojar a la tierra fecunda por las mediaciones de la Madre Iglesia y da fruto ¡el ciento por uno!

Y por último, queda la tercera petición que hoy, sintiéndonos Iglesia, hemos hecho a Dios por vosotros:

Perseverancia en la oración. Si para un cristiano la oración es imprescindible para perseverar en su vocación bautismal, para vosotros, y para todos los sacerdotes, la oración se convierte en un ministerio. Seguro que hace unos días, delante de vuestra comunidad, presidida por el Rector y hoy, de nuevo, delante del obispo - sucesor de los Apóstoles - y de una numerosa comunidad cristiana que representa a toda la Iglesia y en la que debéis sentir reflejadas, de una manera muy viva, a vuestras Diócesis; en este contexto eclesial y litúrgico os comprometeréis de nuevo a mantener vivo el ministerio de la oración. ¡No la dejéis nunca! Tendréis dificultades por el excesivo trabajo pastoral o por otras muchas cosas del ejercicio del ministerio pero, no os olvidéis, que todas esas tareas y preocupaciones saldrán antes, más y mejor si cuidáis primero vuestra oración personal y litúrgica.

En este sentido, con qué frescura y claridad nos dice el papa Francisco: *Para el combate tenemos las armas poderosas que el Señor nos da: la fe que se expresa en la oración, la meditación de la Palabra de Dios, la celebración de la Misa, la adoración eucarística, la reconciliación sacramental, las obras de caridad, la vida comunitaria, el empeño misionero. Si nos descuidamos, nos seducirán fácilmente las falsas promesas del mal* (GE nº162)

Qué Santa María, Madre del Amor Hermoso, Virgen del servicio escondido y humilde, os ayude a llevar a cabo la diaconía de Cristo servidor en el seno de las comunidades a donde seáis enviados.

¡Qué así sea!

Exequias de Carmen Domínguez Carnicero, Misionera del “Divino Maestro”

Capilla de la Casa de Montealegre, 25 de abril de 2018.

Mis queridos Hermanos sacerdotes concelebrantes

Mis queridas Hermanas Misioneras del Divino Maestro

Saludo con cordial afecto a los familiares de la Hna. Carmen Domínguez Carnicero, Misionera del Divino Maestro y quisiera trasmitiros en mi nombre y en el de todo el Presbiterio diocesano nuestro más sentido pesar por el fallecimiento de esta Hermana, un sentimiento mutuo ya que ella siempre estuvo muy vinculada a la vida y actividades de los sacerdotes y, en especial de esta Diócesis que ha sido como la cuna de esta Congregación.

¡Hermanas y amigos todos en el Señor!

La liturgia de la Iglesia sigue sorprendiéndonos cada día con la alegría del Resucitado. Y, con ocasión del paso a la eternidad de nuestra Hermana hemos escuchado estos dos textos de la Palabra de Dios que nos ayuda a descubrir el auténtico sentido de la vida en perspectiva de eternidad y, la clave de esa eternidad después de la muerte. En realidad, muerte y vida que son como las dos caras de la misma realidad que es la existencia humana. Hemos sido llamados por el Señor y regalados con el don de la vida y de la vocación para que todo nuestro ser y obrar estuviese trasfigurado por esa llamada que todos llevamos encerrada en nuestro corazón: la Vida eterna.

En la primera lectura hemos podido comprobar cómo, ya en los albores del cristianismo, en medio de las graves dificultades que los cristianos sufrían por ser fieles a la Buen Nueva de la Palabra, no perdía la alegría; es más, era una característica de los auténticos seguidores de Jesús. Las dificultades, los dolores, las enfermedades, las incomprensiones, las críticas, ni siquiera la certeza de una muerte segura por ser fieles al Evangelio podían apartarlos de la fuerza y el dinamismo que el Espíritu del Resucitado deja caer sobre los que le son fieles. Era tal la elocuencia de aquellos gestos valientes, esperanzados y alegres que *el gentio unánimemente escuchaba con atención lo que decían* (Hch 8, 1b-8), hacían muchos signos y prodigios, sin ninguna duda los más elocuentes era el testimonio de vida, por eso el texto finaliza diciendo: *La ciudad se llenó de alegría* (Hch 8, 8).

¡Cuántos de los que estamos aquí hemos encontrado en la Hna. Carmen ese signo de la alegría, de la paz y de la serenidad que nos ha reconfortado a todos! Con qué fuerza nos habla el papa Francisco de la santidad en lo ordinario, en la vida corriente. El mismo nos dice: *Muchas veces tenemos la tentación de pensar que la santidad está reservada solo a quienes tienen la posibilidad de tomar distancia de las ocupaciones ordinarias, para dedicar mucho tiempo a la oración. No es así. Todos*

estamos llamados a ser santos, viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día (Gaudete et exsultate, n.º. 14). La santidad es don del Espíritu en cada uno de nosotros. Basta que nos abramos al misterio fecundo de ese Dios que nos primerea en el amor. La santidad a la que el Señor nos llama *irá creciendo con pequeños gestos* (n.º. 16). Esos gestos que tantas veces pasan desapercibidos y que constituyen el alma de la vida cotidiana de cada persona y, especialmente, de cada comunidad cristiana. Muchas de las que estáis aquí habéis descubierto en nuestra Hna. Carmen esos “pequeños gestos” que se convertían en luz y sal en medio de los momentos complicados o tensos por los que pasa, habitualmente, toda comunidad cristiana.

Cuál es la clave, Hermanas del Divino Maestro y queridas Religiosos; cuál es la clave, mis queridos hermanos sacerdotes: La clave es optar por *vivir el momento presente colmándolo de amor* (n.º 17 final) así nos lo recuerda el Papa. Se trata de aprovechar todas las ocasiones de nuestra jornada y realizar todas las acciones ordinarias de manera extraordinaria. Ese es el camino de la santidad que constituye *el rostro más bello de la Iglesia* (n.º 9). Así luchó por vivirlo esta Hermana y su lucha interna, de cuyas victorias y derrotas sólo Dios es testigo, brotaba esa alegría que le ha caracterizado. En este sentido permitidme que os cuente una anécdota de la vida de la Hna. Carmen que ayer que contaba el Delegado de la Vida Consagrada. Es muy elocuente porque brota de los labios de un niño: En cierta ocasión, en un Parvulario que atendían las Misioneras del Divino Maestro, entre las que se encontraba la Hna. Carmen, una religiosa escuchó como un niño pequeño le decía a su madre: *Mamá ¡y Dios será como la Hna. Carmen!*. Por los niños habla la sabiduría de Dios.

¡La ciudad se llenó de alegría! - nos dice el texto de los Hechos que hemos proclamado. Y nosotros podemos decir: ¡La Comunidad se puede llenar de alegría! ¡el hogar se puede llenar de alegría!... ¡el Presbiterio se puede llenar de alegría! Y esto se puede convertir en realidad si subimos el perfil de nuestra vida cristiana y consagrada - como nos lo enseñan tantos santos anónimos ¡los santos de lo ordinario! - Y no nos olvidemos que *el santo es capaz de vivir con alegría y sentido del humor. Sin perder el realismo, ilumina a los demás con un espíritu positivo y esperanzado* (n.º 122).

A la luz del tránsito a la eternidad de nuestra Hna. Carmen, ante sus restos mortales, y, sobre todo, interpelados por la Palabra del Señor, nos damos cuenta mis queridos hermanos y amigos todos, que nuestra comunidades, nuestra parroquias, nuestra Iglesia es lo que es en la medida en que nosotros somos auténticos testigos y no nos dejamos atrapar por los chismes, los comentarios, el pesimismo, la negatividad, las faltas de correspondencia a la gracia y de fraternidad. A los pocos días de mi ordenación episcopal, una Misionera del Divino Maestro me entregó, en nombre de todas, un sencillo objeto de metacrilato en forma de nave

- la Iglesia también se representa como esa nave sacudida por los temporales -, y en la vela de esa nave se puede leer un pensamiento de Mons. Blanco Nájera: *Lo que tú seas, serán tus sacerdotes. Lo que tú y tus sacerdotes sean, será tu Diócesis.* Desde el primer momento lo he puesto en mi mesa de trabajo, allí donde paso más tiempo ;y me hace mucho bien repasarla! Sobre todo cuando arrecian las dificultades y los problemas se enquistan y se resisten a ser solucionados, cuando se hace “de noche” y parece que a uno le entran las ganas de arrojar los remos... Al leer esa frase viene a mi recuerdo aquella otra de san Juan Pablo II: Rema mar adentro *Duc in altum!*

Esto que se decía as sí mismo, mi venerable predecesor, os ruego que os lo repitáis cada uno y cada una; cambiando lo que haya que cambiar en esa frase, sobre todo a la luz de lo que hemos escuchado en la Palabra de Dios y de la exhortación del Papa: *Lo que tú seas, serán los tuyos. Lo que tú y los tuyos seáis, será tu hogar, tu matrimonio, tu comunidad, tu parroquia, tu Iglesia.*

Nuestra Hna. Carmen ha sido una mujer que ha luchado por ser fiel y se ha esforzado con la ayuda de la gracia por hacer la voluntad de Dios y la escritura hoy nos ha dicho: Esta es la Voluntad de mi Padre: que todo el que ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día (Jn 6. 40). Ese algo misterioso que fascinaba a aquel niño al contemplar el rostro alegre de la Hna. Carmen es el mismo que ella contemplaba en los demás, comenzando por las hermanas de su Comunidad ¡Veía a Jesús!. Por eso nos consuela pensar que aquella que vio el rostro de Jesús en tantas personas y le llenaba de alegría, también en el hoy de Dios para ella se llenará de alegría ante la certeza de la vida eterna.

Que Santa María, bajo la advocación de Los Milagros, a la que le profesaba, como buena ourensana, especial devoción le muestre de forma definitiva el rostro de Jesús que tantas veces lucho por contemplar en el de los hermanos y hermanas. ¡Qué así sea!

Exequias del Rvdo. Sr. D. Genaro Tesouro Ollero

Parroquia de San Salvador de Mourisco, 12 de mayo de 2018.

Mi querido D. Camilo Lorenzo, Obispo emérito de Astorga

Mis queridos hermanos sacerdotes. Saludo con especial afecto al Director y a los sacerdotes del Instituto Español de Misiones Extrajeras, en cuyo Seminario se formó D. Genaro y con el que colaboró desde 1966 a 2003

Hermanos y Hermanas en el Señor.

Ante todo permitidme que les manifieste mi más sentida condolencia por el fallecimiento de D. Genaro, lo hago en mi nombre y en el del Presbiterio Diocesano, representado por este buen número de sacerdotes, estoy seguro que serían muchos más, si esta hora no coincidiese con los actos de culto vespertino en tantas parroquias. Sabed que este sentimiento de pesar es mutuo porque este sacerdote también pertenece a esta otra gran Familia que es el Presbiterio Diocesano de Ourense en donde, en donde los sacerdotes estamos unidos por los fuertes lazos que brotan del Sacramento del Orden.

Quisiera expresar, también, este sentimiento a los feligreses de san Pelaio de Bóveda de Amoeiro y de San Bartolomé de Baltar, de Santa M^a de Vilamaior da Boullosa, de San Lorenzo de Niñodagua, de Santiago de Garabelos y Santa M^a de Texós; vosotros habéis sido testigos de la dedicación y del servicio sacerdotal de D. Genaro. Y como, no, también vosotros, sacerdotes y laicos que vivís en la Residencia Sacerdotal San Juan de Ávila de Ourense, que habéis convivido con don Genaro, sois testigos de su alegría y su buen sentido sacerdotal.

Estamos viviendo una celebración de fe. Fe en la Vida, en la Vida eterna, y desde esa clave hemos acogido la proclamación de la Palabra de Dios que la liturgia de este día, cercana ya la fiesta de la Ascensión del Señor, nos ofrece para nuestra edificación y para ayudarnos en nuestra peregrinación por esta vida. Con gozo hemos escuchado:

Vuestra tristeza se convertirá en alegría (Jn 16,20-23).

Cada vez que vivimos la experiencia del tránsito a la eternidad de uno de nuestros seres queridos, la tristeza llena nuestra vida y parece que quiere ahogar nuestra existencia; sin embargo, desde la perspectiva de fe se hace presente el crucificado-resucitado y, como nos recuerda, la tristeza se convierte en alegría. Una alegría que es una de las virtudes del cristiano que debemos cuidar. El santo Padre Francisco insiste, a menudo, en esta realidad de la alegría, no nos olvidemos que en las primeras palabras de su penúltima exhortación apostólica nos recuerda que *la alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús* (nº. 1). Nuestro hermano D. Genaro nos ha fascinado con su alegría y buen humor, a pesar de la cruz de la enfermedad y del dolor. No era la alegría de

un hombre resignado a su suerte, sino de un creyente en Jesucristo que se dejó salvar por Él, que se sabía liberado del pecado, de la tristeza y del vacío interior. Su existencia estaba llena de esperanza, también cuando regresaba de su sesión de diálisis, que sabía descubrir a la luz de la cruz redentora del Señor Jesús, porque sabía muy bien que con Jesucristo en la vida *siempre nace y renace la alegría*.

Nuestro Buen Dios, en su providencia, tiene para cada uno de nosotros su camino, lo que importa es que cada uno: laicos, religiosos y sacerdotes sepamos discernir y descubrir nuestro propio caminar al estilo del querer del Señor, y así saquemos a la luz lo mejor de cada uno, eso tan personal que Dios ha puesto en nosotros. El papa Francisco en la exhortación *Gaudete et exsultate*, nos dice que *todos estamos llamados a ser testigos, pero existen muchas formas existenciales de testimonio* (nº 11). De hecho, podemos afirmar que el querer divino se comunica a unos de una manera y a otros en otra; lo que importa es abrir el corazón al Señor, escucharle, dejarle hacer y ponerse en camino, sin olvidarnos que lo propio de Dios es hacer, y lo que le corresponde a los hombres es dejarnos hacer por Dios. Ahí está la clave de la fidelidad y, por consiguiente, de la fidelidad y de donde arranca la verdadera y auténtica alegría.

D. Genaro, ha nacido en esta parroquia de Mourisco, hace ochenta años, aquí, en el ambiente de su familia y en esta comunidad ha descubierto el querer de Dios que le manifestó su camino: ser discípulo misionero. Una vez ordenado sacerdote partió para Colombia, allí estuvo desde 1966 a 1972; después, a Brasil, en donde permaneció de 1972 a 2003. Sus mejores energías e ilusiones apostólicas las ha dejado en esos países de Latinoamérica.

Cuando regresó a la Diócesis atendió las comunidades de San Bartolomé de Baltar, Santa M^a de Vilamaior da Boullosa, San Lorenzo de Niñodagua, Santiago de Garabelos y Santa M^a de Texós; los últimos años de su vida activa como párroco de san Pelaio de Bóveda de Amoeiro. Pero el ejercicio de su ministerio no quedó reducido a esos puntos de la geografía diocesana, pensemos en el gran bien que ha hecho mientras residió en la Casa Sacerdotal de Ourense.

Al contemplar la vida entregada de este hermano nuestro que hoy, con dolor, pero con esperanza, devolvemos a la tierra que le vio nacer, damos gracias al Señor por su historia y por sus muchas obras, la mayor parte de ellas sólo Dios las conoce. En D. Genaro queremos agradecer el testimonio y la vocación misionera que alentó ¡y sigue haciéndolo! El corazón de muchos de nuestros sacerdotes, religiosos y laicos que han llevado por muchos lugares del mundo la alegría del Evangelio de Jesús. Es justo que ahora, en este momento de nuestra historia, en el que contemplamos nuestros pueblos con pocos habitantes y menos niños, precisamente de aquellos lugares en donde nuestros diocesanos entregaron lo mejor de su vida, vengan algunas vocaciones para ayudarnos en esta nueva tarea de evangelización. Necesitamos vencer nuestros miedos y reticencias; debemos

acogerlos con esperanza. ¡No podemos desechar su ayuda! ¡la necesitamos! Una Iglesia misionera como siempre lo ha sido la Diócesis de Ourense, no puede ahora levantar fronteras, si así actuásemos, renunciaríamos a las raíces más profundas de nuestro ser de Iglesia en salida.

Os invito, hermanas y hermanos míos, a que volvamos la mirada del corazón a la imagen de esa Virgen vestida de luz, la Virgen Peregrina de Fátima, cuya novena estamos celebrando en muchas de nuestra iglesias, y le supliquemos a Ella, que es la Madre del Sumo y Eterno sacerdote, que nos conceda la santidad de vida a los sacerdotes para que podamos llevar a cabo esa conversión pastoral que necesitamos y para la que nos hemos puesto en camino, todos juntos en este Sínodo Diocesano; y, además, supliquémosle que nos conceda vocaciones para el sacerdocio, sabiendo bien que si tenemos buenos sacerdotes también habrá vocaciones a la vida consagrada y al matrimonio cristiano.

¡Dale Señor el descanso eterno!

Y que sus obras le acompañen en el camino hacia la Vida eterna.

¡Qué así sea!

Exequias por Sor María Asunción, Monja Clarisa

Real Monasterio de Santa Clara de Allariz, 1 de junio de 2018.

Mis queridos Hermanos sacerdotes

Rvdma. Madre Abadesa y querida Comunidad de Hermanas pobres de Santa Clara

Hermanos y hermanas en el Señor

Queridos amigos todos:

Al abrir las páginas de la Palabra de Dios que la liturgia de este día nos ofrece, encontramos en la 1ª Carta de san Pedro, una exhortación muy apropiada para este momento:

El fin de todas las cosas está cercano. Así pues sed sensatos y sobrios para la oración. Ante todo, mantener un amor intenso entre vosotros, porque el amor tapa multitud de pecados (1 Pe 4, 7)

La ocasión que nos brinda el paso a la eternidad de Sor María Asunción no podemos desaprovecharla. En realidad, para nuestra Hermana la muerte ya no existe; en cambio, para vosotros y para mí, sí. Sabemos que vendrá *como un ladrón en la noche*, y sin embargo, nunca se le espera, ni siquiera cuando la enfermedad atenaza nuestra existencia joven o anciana, siempre hay una puerta abierta a la esperanza. Es más sin esa esperanza sería muy difícil nuestro existir cotidiano. Es necesario que nos lo repitamos: ¡vendrá cuando Él quiera, como quiera y cuando quiera! Desde esta certeza, la exhortación de la 1ª carta de Pedro, y tanto para vosotras mis queridas Hermanas Clarisas, como para todos los que estamos aquí, es muy adecuada.

Teniendo la certeza de *nuestro principio y fundamento* y sabiendo que *el fin de todas las cosas está cercano* esto nos ayuda a centrar todos los afanes de nuestra vida en *lo fundamental*; es decir, en el conocimiento y en trato con Nuestro Señor Jesucristo que es Camino, Verdad y Vida. Y ese conocimiento se va realizando a lo largo de toda nuestra vida, con más o menos exigencia, gracias al cultivo de la oración. Pero se nos recuerda que esa vida de oración debe estar precedida por la sensatez y la sobriedad. Esto nos aconseja la carta de Pedro; un texto que fue escrito para reforzar la fe de los creyentes de Roma en medio de la adversidad y de la persecución. Si queremos que nuestra vida tenga un sentido de trascendencia, es necesario que luchemos todos los días por ser orantes, pero no lo seremos si antes no vivimos con sensatez y sobriedad, ambas actitudes pudiéramos resumirlas en una virtud: espíritu de pobreza.

Vosotras, Madres Clarisas, desde vuestros orígenes se os llama “damas pobres de Santa Clara” un hermoso y, a la vez un título propositivo que debe marcar con fuerza vuestra existencia. La vida consagrada contemplativa en la Iglesia sois como unos altavoces sonoros en medio de una sociedad como la nuestra,

llamada de bienestar. Una sociedad que parece tenerlo todo y, sin embargo, llena de personas, mayores y jóvenes, cuya existencia vital ha perdido su sentido. Porque no podemos olvidar que la plenitud personal y la felicidad perfecta - como diría san Francisco- no está en el afán desmesurado por tener mucho, por ir amontonando cosas, tierras, títulos de propiedad, objetos diversos. Hay personas que se dicen creyentes y se asemejan a los antiguos egipcios que amontonaban bienes y riquezas para que le acompañasen a la tumba.

Sin nada hemos venido, y sin nada volveremos a la tierra.

Sólo el amor vencedor de la muerte y del pecado será nuestro mejor aliado en nuestra peregrinación hacia la eternidad. Porque sólo el amor es más poderoso que la muerte. Una vez más es el texto de Pedro que nos recuerda: *Ante todo mantened un amor intenso entre vosotros, porque el amor cubre la multitud de pecados.* Y además nos indica de forma muy concreta cómo podemos mantener vibrante este amor de Dios en nosotros - no nos olvidemos que es Dios que nos amó primero -; en este sentido nos dice Pedro: *Sed hospitalarios unos con otros sin protestar. Como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios, poned al servicio de los demás el carisma que cada uno ha recibido.*

Para vivir todo este proyecto de vida que formó parte de la existencia sencilla y silenciosa de nuestra Hermana Clarisa, resulta imprescindible vivir la virtud evangélica de la pobreza. Para nuestros conciudadanos resulta muy aleccionador contemplar la celda - ese pequeño espacio vital- de una de nuestras monjas. Ayer mismo con un grupo de amigos, ninguno de ellos sacerdotes, dos profesionales, visitábamos un monasterio y, lo que más le sorprendió fue la reproducción de la celda de un monje benedictino. Me decía uno de ellos ¡cómo se puede vivir feliz con tan pocas cosas!

¡Lo sabemos bien! Pero necesitamos recordárnoslo con frecuencia. Si queremos ser esos discípulos misioneros de los que nos habla el papa Francisco, vivamos con mayor sobriedad y desprendidos de las cosas, del poder, del dinero, de los cargos; ¡porque las cosas no nos salvan! Nos salva y nos cura el amor de Dios en nosotros que nos hace transparentes, serviciales, entusiastas, alegres y, sobre todo, nos da una gran esperanza. Similar a aquella que en medio de las dificultades de una vida enferma y anciana tenía Sor María Asunción, que a pesar de sus limitaciones quería servir a la Comunidad y le causaba dolor y preocupación causar tantos contratiempos a las Hermanas.

Hermanas y hermanos míos: el Evangelio de san Marcos nos exhorta de una forma lapidaria: *¡tened fe!* Sólo acogiendo la fe como un valioso regalo del Señor seremos capaces de descubrir que sólo el amor es digno de crédito, un amor que se entrega, se inmola, se deja hacer en las manos de Dios, recordemos aquello que nos recordaba de forma lapidaria aquel catequista y pastor del siglo II: *Lo propio de Dios es hacer, lo del hombre es dejarse hacer.* Dejémonos hacer por el Dios que

nos *primerea* en el amor y para ello luchemos por vivir desprendidos de todo aquello que en la vida se convierte en un obstáculo para servir a Dios y a los hermanos; es más, pongamos al servicio de la Iglesia y de los hermanos todo aquello que tenemos y nos daremos cuenta que aquella regla evangélica, que cautivo el corazón de san Francisco y de santa Clara, se hará también realidad en nosotros. El que se da sin condiciones, el que se entrega, comenzando por entregar sus cosas, recibirá el ciento por uno y la vida eterna. Esa es la dinámica auténtica que conduce a la Vida y ya, en esta vida se convierte en fuente de alegría.

Hoy, nos hemos reunido aquí para acompañar a esta comunidad de Clarisas y celebrar juntos el misterio de nuestra fe. *Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección ¡ven Señor Jesús!* Al depositar en el sepulcro los restos mortales de nuestra Hermana lo hacemos con la esperanza de que se conviertan en semilla eternidad. La encomendamos a la Madre de Dios, nuestra Madre Inmaculada, cuya librea adornó su escapulario de clarisa a lo largo de su vida consagrada, para que, como nos recuerda aquella antiquísima oración mariana, la Virgen Madre, cuando se encuentre delante de la Santísima Trinidad le diga cosas buenas acerca de nuestra Hermana y de cada uno de nosotros que, todavía peregrinos en la fe, queremos seguir caminando por esta tierra siendo constructores de una auténtica civilización de fe y amor.

¡Dale Señor el descanso eterno!

Y que sus obras de amor que brotaron de un corazón pobre y alegre, le acompañen.

¡Qué así sea!

Ordenación Sacerdotal

Capilla del Seminario “Divino Maestro”, 9 de junio de 2018.

Saludo afectuosamente a Mons. Camilo Lorenzo, Obispos emérito de Astorga.

Mis queridos hermanos en el sacerdocio.

Hermanas y hermanos míos en el Señor.

Saludo a los Catequistas de las Comunidades Catecumenales de Galicia.

Queridos familiares y amigos de los ordenandos.

En este día en el que la Iglesia nos invita a que contemplemos el Corazón Inmaculado de la Virgen, y al día siguiente de la Solemnidad del Corazón de Jesús -Jornada de la Santificación de los sacerdotes, establecida por el Santo Padre Francisco -, nos hemos reunido en la capilla del Seminario “Divino Maestro” para la Ordenación de dos nuevos presbíteros para la Iglesia en Ourense. Me vais a permitir que dirija mis palabras a los ordenandos:

Mis queridos Carlos y a Miguel: Sabemos bien que si toda la vida espiritual del cristiano debe ser litúrgica, mucho más la del sacerdote, de ahí que la *lectio divina* cotidiana, junto con la *Liturgia de las Horas*, constituyen el alimento espiritual ordinario que no puede faltar en nuestra vida sacerdotal. Como habéis podido comprobar, a lo largo de estos últimos días, la liturgia de la Iglesia nos ha ofrecido unos fragmentos, muy oportunos para nuestra situación, de la segunda carta de san Pablo a Timoteo. Recordad lo que nos decía hace unos días: *reaviva el don de Dios que hay en ti por la imposición de mis manos*. Uno de los gestos más significativos de la ordenación es la imposición de manos que el Obispo y su Presbiterio realizará sobre cada uno de vosotros. Es una realidad cargada de un fuerte contenido. Se invocará sobre vosotros el don del Espíritu Santo para que seáis *honrados colaboradores del obispo* para que por el ejercicio del ministerio de la predicación y con la gracia del Espíritu Santo, la palabra del Evangelio dé fruto en el corazón de los hijos e hijas de nuestro Pueblo y os convirtáis en fieles dispensadores de los misterios de Dios. Para que se haga realidad en vuestras vidas esto que hoy pide la Iglesia para vosotros, es necesario que no os olvidéis nunca que vuestra vocación ha nacido en un cauce de comunión y, por consiguiente, estáis obligados a vivir la comunión de la Iglesia y, en virtud de ella, tenéis que ser con vuestras palabras y acciones, instrumentos de comunión en medio del Pueblo de Dios.

Qué gozo y seguridad nos da a cada uno de los que hemos sido ordenados por don de Dios, vivir la comunión en ese ámbito nutricional que es el Presbiterio diocesano. En la Iglesia católica, los presbíteros y los obispos no somos ordenados para vivir solos, ni para hacer lo que nos conviene o antoja, sino que somos consagrados para ser y vivir el misterio fecundo de la comunión en la Iglesia para el bien de todo el Pueblo de Dios. Cuando no vivimos como agentes vivos de comunión causamos,

sin que nos demos cuenta, un daño muy grave a las comunidades cristianas a las que somos enviados por el Obispo. Sin la comunión no se entiende nuestra misión, porque nos somos funcionarios que hayamos recibido un destino obtenido por méritos o por oposición, sino que somos ministros, es decir, servidores de la comunión de la Iglesia y de los misterios de Dios, de donde brota la eficacia de nuestra vida entregada y la fecundidad de nuestro ministerio.

Mis queridos Carlos y Miguel: con las mismas palabras del apóstol Pablo a Timoteo me dirijo a cada uno de vosotros: *te conjuro, delante de Dios y de Cristo Jesús, que ha de juzgar a vivos y muertos: proclama la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, arguye, reprocha, exhorta con toda magnanimidad y doctrina (...) sé sobrio en todo, soporta los padecimientos, cumple tu tarea de evangelizador, desempeña tu ministerio (...) conserva el depósito de la fe (2 Tim 4,1-8).*

Recibís la ordenación sacerdotal en unos momentos, verdaderamente apasionantes para todos los hijos e hijas de esta Iglesia. Vivimos una experiencia sinodal que es tanto como decir, una experiencia de Iglesia viva, que lucha y se esfuerza por caminar unida. Como nuevos sacerdotes estáis llamados a ser constructores de unidad y de comunión. Es ésta una vocación que, en medio de las dificultades de la vida cotidiana, tenéis que ir asumiendo como tarea propia. Es más, si queréis ser y vivir el sacerdocio como un camino de felicidad, de paz y de alegría ¡que lo es!, sabed bien que la clave está no sólo en que cuidéis vuestra vida interior, la dirección espiritual y la confesión frecuente, sino en que os sintáis sujetos vivos de esta gran familia que es el Presbiterio diocesano, que no es una estructura jurídica, sino que es una familia de hermanos unidos en virtud de la misma ordenación. Vivir insertos en la comunión del Presbiterio os ayudará a luchar contra todo individualismo y a ser hombres abiertos a las necesidades de la Iglesia en la que podemos vivir y servir a la multiplicidad de carismas y formas de vida que existen en ella y que la enriquecen.

Mi querido Carlos: tu vocación ha encontrado en los últimos años el cauce formativo adecuado en el Seminario, hoy pasas a ser uno de esos hermosos eslabones de esa cadena constituida por varios cientos de sacerdotes que, a lo largo de más de un siglo, han surgido de esta casa en la hoy nos encontramos. Te recomiendo que fijas tu atención en los ejemplos de fidelidad y de servicio abnegado de gran parte de ellos, que han sido, y siguen siendo el impulso existencialmente vivo de esta Iglesia. En ellos y con ellos descansa la preocupación por todas las comunidades diocesanas que tiene el Obispo. Has tenido la suerte de realizar tu etapa de diaconado formando parte de un equipo sacerdotal ¡el del Seminario Menor de la Inmaculada! Has podido comprender muy bien que cuanto más unido se está al equipo, más fecunda es la misión. Sin embargo, cuando caemos en la tentación de sentirnos originales, sin tener en cuenta a los demás miembros del *equipo sacerdotal*, paulatinamente, nos hacemos individualistas, autorreferenciales, llegando incluso a quebrar la comunión sacerdotal. Aprovecha todo lo que has

vivido y aprendido para seguir luchando por ser cauce de comunión en medio del Presbiterio diocesano. No te dejes embaucar por aquellos que, instalados en la crítica contra todo y contra todos, que aplican la normativa diocesana a su arbitrio, que se empeñan en no caminar juntos en la misma dirección, es decir, no queriendo caminar sinodalmente, aparecerán en tu camino. Se fiel a la comunión de la Iglesia, aunque a veces vivirla te cueste algunos sacrificios, y te aseguro que, si obras así serás muy feliz en el ejercicio de tu ministerio.

Por tu parte, querido Miguel, eres el primer sacerdote del Seminario “Redemptoris Mater” de Ourense. Tu vocación al ministerio ha nacido en el ámbito de una comunidad alimentada por el *Camino neocatecumenal*, reconocido por la Iglesia Universal como *un itinerario de formación católica válido para la sociedad y para los tiempos de hoy*; este Camino *está al servicio del Obispo como una de las modalidades de realización diocesana de la iniciación cristiana y de la educación permanente de la fe (Estatuta, Art 1)*. Tu formación eclesial se asienta en esos tres pilares: *Palabra de Dios, Liturgia y Comunidad*. Tienes pues una especial responsabilidad delante de tus hermanos y hermanas, y en medio de esta gran fraternidad que es el Presbiterio diocesano. En la medida en que seas un hombre de comunión así se entenderá mejor cuál es la peculiaridad de tu vocación diocesana misionera como un presbítero itinerante, abierto y disponible para *servir al entero pueblo de Dios, en la comunión fraterna del Presbiterio diocesano*, allí donde el Obispo te envíe. En estos momentos, como bien sabes, la Iglesia en Ourense está inmersa en un proceso sinodal, en la medida en que hagas tuyo este proceso y ayudes a descubrir a nuestros hermanos laicos la importancia de la sinodalidad en la vida de la Iglesia, en esa misma medida les ayudarás a descubrir la belleza de la comunión que es uno de los elementos básicos de tu espíritu.

Por último, quisiera dirigir unas palabras a los muchos jóvenes y menos jóvenes que hoy participáis en esta celebración.

Amigos míos: Dios sigue llamando a las puertas de vuestros corazones. Sed muy libres, no se las cerréis. Abrir en libertad vuestros corazones al querer de Jesucristo que, a través de muchas realidades sigue, hoy como ayer, invitando a muchos a que le sigan en el hermoso camino del sacerdocio. ¡No tengáis miedo! Jesucristo, cuando os llama, no quiere quitaros nada, y mucho menos vuestra libertad; Jesucristo se os entrega él mismo y quiere convertirse para vosotros en ese amigo que no os fallará nunca, que siempre estará a vuestro lado, a no ser que vosotros mismos lo expulséis de vuestro corazón. Os aseguro, con la experiencia que me dan mis casi cuarenta años en el ejercicio del ministerio sacerdotal, que si existe algún camino en la tierra en el que un hombre pueda ser muy feliz, y realizarse con toda plenitud, ese es el camino del sacerdocio católico.

¡Dios sigue llamando! ¿Por qué no se escucha su llamada? Puede ser que entre la llamada de Dios y el vocacionado surjan algunas interferencias que puedan

distorsionar esa intervención de Dios. Hermanas y hermanos míos: padres, hermanos, amigos, religiosos, catequistas, sacerdotes, no seamos elementos distorsionadores de la llamada que Dios sigue haciendo a nuestro jóvenes, sino cauces fieles de ese querer de Dios con nuestra oración y, sobre todo con el compromiso alegre de nuestra vocación cristiana.

Bajo la mirada del Divino Maestro os encomiendo a vosotros, mis queridos Carlos y Miguel, pido al Señor vuestra fidelidad alegre en el ministerio. Por vuestras familias y amigos, para que sean cauce y ayuda para vuestra fidelidad. Y especialmente pido por todo el Presbiterio diocesano y por los seminarios de esta Diócesis para que se conviertan en testigos de una vida cristiana auténtica y en agentes activos de vocaciones al ministerio ordenado.

Qué el Corazón Inmaculado de María nos ayude en estos propósitos y los haga suyos. ¡Que así sea!

Acto de reparación con motivo de la Jornada de Santificación Sacerdotal, al término de la celebración de la ordenación sacerdotal

MONICION

(Antes de la oración de reparación y desagravio)

Su Santidad el papa Francisco, ante los casos de abusos cometidos por personas de la Iglesia, ha ordenado a los Obispos que, con ocasión de un acto solemne al que asistan los fieles y un buen número de sacerdotes, realicen un acto de pública reparación en el que, además, se pida por la santidad de los sacerdotes y por las vocaciones. En este momento gozoso de la ordenación sacerdotal de estos dos nuevos sacerdotes, que nos llena a todos de esperanza, el Obispo, en nombre de toda la comunidad diocesana, eleva una oración, a través de los Corazones de Jesús y de María, por esta intención del Santo Padre.

Oración

Acto de reparación

¡Oh, Dios, Padre rico en misericordia!

En este día en el que celebramos la memoria obligatoria del Corazón Inmaculado de María; al día siguiente de la solemnidad del Corazón de Jesús, *Jornada de la Santificación Sacerdotal*, en el marco de esta Eucaristía en la que he ordenado dos nuevos sacerdotes, acogiendo el deseo del Santo Padre Francisco, y en comunión con todos los obispos del mundo, siendo fiel a mi conciencia del deber como obispo de esta Iglesia que peregrina por las tierras de Ourense, queremos ofrecerte este acto de reparación.

Señor, Tú nos *primereas* en el amor, nos amas de verdad con un amor auténtico, con un amor misericordioso. Sabemos que hacia Ti llegan las ofensas, pecados e infidelidades de la humanidad. Queremos desagraviarte por todos los pecados que

hemos cometido en el ejercicio de nuestro ministerio de amor; por el sufrimiento que hemos podido causar a nuestros hermanos, cuando, como sacerdotes, no hemos vivido y celebrado los sacramentos con obediencia a las normas de la Iglesia, con autenticidad y pureza de corazón, y no hemos ejercido este ministerio que llevamos en *vasijas de barro*, como servicio a los hermanos, y con espíritu de auténtica comunión. Te suplicamos que nos perdones por las veces que no hemos tratado con delicadeza y prontitud, sobre todo a las personas más inocentes, los niños, los ancianos, y los más vulnerables. Por las ocasiones en las que, a causa de nuestras comodidades e inercias pastorales, no hemos sabido estar presentes, gratuitamente, al lado de nuestros hermanos en los momentos de las dificultades y de los dolores de la vida cotidiana.

Corazón de Jesús, Sumo y Eterno Sacerdote, queremos hacer este acto de reparación, en el marco de esta Ordenación Sacerdotal, para que en unión con el Papa y el Episcopado universal, manifestemos nuestro dolor y vergüenza por los abusos cometidos por algunos miembros de la Iglesia; actos ignominiosos que nos llenan de vergüenza y de un sufrimiento espiritual difícil de definir, a causa de las víctimas que han generado y del dolor que han causado a tantos inocentes: niños y personas vulnerables, y del daño, tantas veces irreparable, que han ocasionado a toda la comunidad eclesial.

Con tu ayuda queremos suplicarte que ningún agente pastoral de nuestra Iglesia Diocesana se vea implicado, nunca, en actos semejantes que son causa de tanto dolor para Ti, para tu Iglesia, para nosotros y para nuestro pueblo.

Ayúdanos a ser testigos de tu amor en el mundo, constructores de la civilización de la vida y del amor. Te lo suplicamos de manera especial para aquellos que somos en la Iglesia y en mundo “otros cristos”. Te lo pedimos por todos tus sacerdotes y por los miembros de la vida consagrada.

Oh buen Jesús, manso y humilde de corazón, te rogamos que suscites en nuestra Diócesis, jóvenes dispuestos a seguirte en el camino sacerdotal, con un corazón nuevo. Para sean testigos de tu amor y de tu misericordia.

Corazón de Jesús, queremos renovar en este momento, y con ocasión de esta Ordenación Sacerdotal, nuestra consagración bautismal y ministerial para ser fieles al querer de la Iglesia, para vivir amando y entregando nuestra vida a la causa de tu Reino. Ayúdanos a colaborar juntos en este proyecto eclesial que es nuestro Sínodo Diocesano, que tanto bien ya está causando en los hombres y mujeres de nuestros pueblos.

Que el Corazón Inmaculado de Santa María Madre nos ayude a ser fieles a Ti y a tu sacerdocio que venimos ejerciendo desde el Bautismo y desde nuestra Ordenación sacerdotal, ¡ayúdanos a ser fieles al ministerio recibido hasta la muerte!

¡Qué así sea!

DISCURSOS

**Palabras de presentación de Manuel Vidal,
un presbítero ilustrado de Maceda, 2017**

A primeira vez que sentín falar de Manuel Vidal Rodríguez foi cando tomei posesión como Cónego-Secretario Capitular do Cabido Compostelán e tiven que facer inventario do Arquivo da Secretaría do Cabido, alí atopei unha das súas obras en dous volumes que aínda hoxe forma parte da bibliografía xacobeá. Tiña, e ten, un título moi longo, como era costume naquel momento, fálolles do ano 1926, fai máis de noventa anos. O título é o seguinte: O Pórtico da Gloria da Catedral de Santiago. Explicación arqueolóxica e doutrinal ilustrada con corenta fotografías. A súa portada era de feito unha obra de arte. Parece que o estou vendo: semellaba un libro cheo de encanto, tiña unha letra pouco convencional para unha portada, combinaba as cores negro e vermello e o acompañaba unhas cunchas de vieira, símbolo de peregrinos e tamén serve para sinalar as que foran propiedades do Cabido Compostelán. Todo iso enmarcaba a figura pétreá de Santiago Apóstolo. Cando me dixeron que tiña que falar nesta presentación da obra do profesor Santiago Prol, andiven á procura daquel libro pola miña biblioteca persoal e non o atopei! Non sei se a Vostedes lles pasa o que a min que, cos traslados dun lugar para outro, a biblioteca sofre algunha que outra perda. Mais seguirei buscando e, dende iste foro cultural que é o Marcos Valcárcel, quixera facer unha petición ás autoridades responsables para que se poidan editar de forma facsimilar algunhas das obras máis salientables de Manuel Vidal, así como a súa obra en galego.

Cando me destinaron para esta Diocese, case que nos primeiros días da miña estada nesta fermosa e cálida cidade de Ourense, visitoume o Dr. Indalecio Vidal ou doutor Vidal! Bo conversador e home xeneroso e intelixente que me axudou a entender moitas cousas da cidade. Naquelas primeiras ocasións xa me falou do seu parente Manuel Vidal Rodríguez e animoume a revitalizar a súa figura non so dende ou punto de vista eclesiástico senón tamén como investigador e literato. Manuel Vidal é un deses cregos de certa sona nado en Maceda, unha vila senlleira porque tamén nela naceu anos despois, en 1900, o que máis tarde sería o cardeal Quiroga Palacios, chamado o cardeal de Galicia. D. Manuel Vidal, este crego, aínda que exerceu a súa tarefa docente e ministerial en Madrid, Santiago e na Coruña, foi parte dese conxunto de intelectuais que tiveron moito que ver coa bisbarra de Maceda e, dun xeiro especial, co santuario dos Milagres que foi ámbito de formación para moitos deles. Lémbrome, por exemplo, doutro fillo desta terra nado en Amoerio, dazasete anos antes de Manuel Vidal, que tamén estivo vencellado cos Milagres e foi o que fixo a primeira e ata o de agora,

definitiva historia do Santuario dos Milagres, refírome a P. Benito Paradela Nóvoa, relixioso Paúl, recentemente proclamado beato polo papa Francisco. E outros máis que non é este o lugar para a súa lembranza. Teño que agradecerlle ó prof. Prol este libro que nos achega, dunha forma crítica e ao mesmo tempo sintética a descrición dun home da nosa terra.

Benqueridos amigos e amigas: tan so recoñecendo as pegadas da nosa historia podemos proxectarnos ao futuro con esperanza. Este sacerdote, bo docente e investigador, un deses intelectuais desta terra, que afondando nos alicerces da nosa historia, axúdanos a situarnos con realismo no presente. Ogallá, traballos como iste que hoxe estamos a presentar ben traballado e moi ben impreso, grazas á colaboración do Grupo Academia Postal, sirvan para abrir horizontes e non pecharnos no ruiero autorreferencial que nos empobrece. Este libro de Santiago Prol é como unha especie de aperitivo para que tras el se prosiga nesta tarefa de recuperar a memoria do pasado. Tan so deste xeito construiremos pontes culturais, como fixo co seu traballo e coa súas publicacións - e iso que non tiña un computador persoal nin estaban abertas para el as autoestradas da informática actual- invítovos a pensar por momentos como sería a obra de Manuel Vidal se todos eses medios estiveran ao seu alcance. Este crego ilustrado, no mellor senso da palabra, coa súa obra, e sobor de todo coa a súa vida, soubo abrir pontes e non levantou fronteiras culturais porque foi un home que buscou a verdade inista na historia dos nosos pobos e na vida das nosas xentes.

Graciñas.

**Texto introductorio ao libro *As palabras dun pastor:*
*Manuel Lorenzo Argibay***

Con ocasión da miña Visita Pastoral ás parroquias de Untes, Arrabaldo e Trasalba que atendía naquel momento D. Manuel Lorenzo Argibay, foi alí onde me atopei por primeira vez coa colección de “Dietarios” que aproveitou este bo sacerdote para facer memoria viva do seu traballo pastoral e, tamén, da súa propia vida persoal. Era normal que así fose porque o corazón do bo párroco lévalle a vivir unha identidade existencial entre o seu traballo pastoral e a súa propia vida ordinaria. Iso explica que nalgúns casos a algúns sacerdotes cústalles moito traballo, unha vez chegado o momento da xubilación canónica, cando se cumpre os 75 anos, deixar o seu encargo pastoral e vivir esa situación de “espolio espiritual” que supón o proceso mediante o cal hai que abandonar todo aquilo que dera sentido á súa existencia ao longo da súa vida. Con todo, a gran maioría saben moi ben que é bo dar paso a outros sacerdotes máis novos, con máis forza e dinamismo, e non manterse no mesmo lugar ata o final, porque, en ocasións, os últimos anos da presenza dun pastor nalgunha Comunidade, é pastoralmente contraproducente. Pódese prexudicar todo o bo labor pastoral dunha vida entregada á causa do Reino.

Seguindo aquela sabia observación do beato Paulo VI: *O home contemporáneo escoita máis a gusto ós que dan testemuño que ós que ensinan, ou si escoitan ós que ensinan é porque dan testemuño*¹. En realidade buscábase que servisen de referentes vivos para o clero. Todo este proxecto artellábase dentro dun clima de sereno diálogo e de comunión eclesial.

É verdade que, con frecuencia, dase unha identificación entre o sacerdote e a parroquia de tal modo que, ata os mesmos compañeiros sacerdotes, e tamén os fieis, cando se refiren a un sacerdote determinado, chámano polo nome daquela parroquia na que estivo destinado moitos anos. Cando estiven nas parroquias deste sacerdote benemérito crin que no seu caso me atoparía cun cura que estaría á fronte da súa parroquia ata a súa morte, equivoqueime! naquel día D. Manuel manifestoume con claridade, e con moita serenidade, que se atopaba maior e canso, e sobre todo, que xa non podía prestar un bo servizo aos seus fieis, por conseguinte, estaba disposto a pedir a xubilación. Desde que cheguei a esta Diocese descubrín no cura de Trasalba, Arrabaldo e Untes a unha persoa próxima, xovial e servicial, disposto a colaborar sempre co Bispo en todo. Proba diso é que prestou un bo traballo nas súas parroquias e, sempre foi, e segue sendo un bo compañeiro dos seus propios compañeiros sacerdotes. Que o demostrou, de maneira singular, cando desempeñou o exercicio do seu ministerio como Arcipreste.

1 PAULO VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, n° 41.

É bo lembrar que co Concilio Vaticano II, no seu decreto sobre o ministerio e a vida dos presbíteros, *Presbyterorum ordinis*, sinala o seguinte: *Por ser ministros dá palabra de Deus, len e escoitan diariamente a palabra divina que deben ensinar a outros; e se ao mesmo tempo procuran recibila en se mesmos, irán facéndose discípulos do Señor cada vez máis perfectos, segundo as palabras do apóstolo Pablo a Timoteo: “Coida estas cousas, mantente nelas, para que todos vexan como progresas. Precúpate de ti e da doutrina; mantente en todo iso, que, facendoo, te salvarás ti e salvaralos que che fagan caso (1 Tim 4, 15-16).*

Entre as diversas tarefas pastorais que levan a cabo os sacerdotes, unha das máis importantes é a referida ao ministerio de anunciar a Palabra de Deus, que primeiro ha de ser acollida e meditada polo propio sacerdote, tal como indica o texto antes mencionado, apoiándose nas palabras de Pablo ao seu discípulo Timoteo. Como lembraba o papa Bieito XVI en *o sacerdote mesmo debe ser o primeiro en cultivar unha gran familiaridade persoal coa Palabra de Deus... necesita achegarse á Palabra cun corazón dócil e orante, para que ela penetre a fondo nos seus pensamentos e sentimentos e procee dentro de si unha mentalidade nova. Consiguientemente, as súas palabras, as súas decisións e as súas actitudes han de ser cada vez máis unha transparencia, un anuncio e un testemuño do Evanxeo (Verbum Domini 80).*

Un oído na Palabra de Deus e outro no pobo é a escoita que, alentada polo Espírito, permite ao sacerdote desenvolver a creatividade pastoral necesaria para que o anuncio do Evanxeo sexa semente fecunda no corazón dos seus fieis. Precisamente desa escoita e da súa sementeira fálannos os textos recollidos en *As palabras dun pastor: Manuel Lorenzo Argibay*. Son vivencias e reflexións tecidas na intimidade orante e sementados despois na vida das comunidades parroquiais que don Manuel serviu no seu prolongado e fecundo ministerio pastoral. Da man de Xesús Antonio Gulías Lamas ofrécensenos agora estes diarios, feitos de apuntamentos e vivencias cotiás, para que todos podamos descubrir ou camiñar diario dun sacerdote, dun pastor que trata de seguir as pegadas do Bo Pastor, aquel que coñece e da a vida polas súas ovellas (Jn 10, 11-14).

CARTAS

Carta invitando a la participación en la Vigilia de Pentecostés

A los sacerdotes y seminaristas.

A los miembros de la Vida Consagrada, de la Vida Apostólica y de los Institutos Seculares.

A los Grupos apostólicos, Movimientos, Asociaciones y Cofradías.

A todos los hijos e hijas de la Iglesia en Ourense.

Os saludo con cordial afecto y os invito a que participéis en la Vigilia de Pentecostés, que es una de las vigilias que procuramos celebrar todos juntos como iglesia diocesana en la Catedral.

Este año, como siempre, nos reuniremos a las 20.00 horas en la *Iglesia madre de todas las iglesias de la Diócesis* para abrir las puertas de nuestra existencia, tanto personal como comunitariamente, como Iglesia particular, al don del Espíritu Santo y experimentar así, todos juntos, como familia que camina unida, el don de nuestra fe, la alegría de la vida cristiana en comunión, y el dinamismo del esperanza.

En esta ocasión, además, acompañaremos a un grupo de jóvenes que recibirán el sacramento de la Confirmación y, en las vísperas de la Jornada anual de la Acción Católica y del Apostolado Seglar, pediremos al Buen Dios que ayude a todo el laicado - que es la mayoría aplastante del Pueblo de Dios - para que descubran su vocación al apostado y a la acción misionera en el mundo.

La fuerza del Espíritu quiere venir, quedarse y actuar en nosotros. Solos no podemos nada, pero si luchamos juntos, ayudados por la gracia de Dios, podemos tener la seguridad de que el Señor hará de nosotros esos *discípulos misioneros de Cristo*, y así seremos *el rostro vivo de la Iglesia en el mundo*.

Os espero a todos para vivir juntos esta experiencia de comunión y fraternidad. Me encomiendo a vuestras oraciones y os bendigo de corazón.

A los diocesanos con motivo de la Solemnidad de Pentecostés Ourense, 10 de mayo de 2018

¡Brisa en las horas de fuego!

Mis queridos hermanos y hermanas:

En este tiempo de preparación de la solemnidad del Espíritu Santo, mi pensamiento, como el de todos los cristianos, se dirige a toda la Iglesia, esa gran familia a la que amamos y en la que hemos nacido, crecido y -cuando Dios quiso- en ella hemos percibido su llamada. En vuestro caso, la llamada a la misión, profunda realidad eclesial que no tiene fronteras y que se extiende por aquí y por allá.

Al repasar la secuencia de Pentecostés me encontré con esta estrofa: *¡Brisa en las horas de fuego!*, y me acordé de todos y cada uno de los hermanos y hermanas que, como hijos de estas tierras ourensanas, os encontráis en esos lugares de avanzadilla de la Iglesia. He pedido al Espíritu Santo que os acompañe en esas “horas de fuego” no solo cuando sentís la consolación del amor que *nos primerea a todos*, constantemente, y nos empuja hacia nuevos horizontes, sino en esos otros muchos momentos en los que la edad, el cansancio, la enfermedad y, por qué no, ¡cierto desencanto! pueden llevaros a caer en el desaliento. En esos momentos sentid la brisa del Espíritu, renovad vuestro sentido de comunión en esta Iglesia que os quiere y se fía de vosotros, y os considera los más valiosos de sus hijos.

Os invito a que redescubráis el sentido profundo de la comunión eclesial, en ella percibiréis con fuerza que no estáis solos, porque todo nuestro ser, lo que somos y vivimos es, y lo sentimos como una realidad viva, gracias al espíritu de comunión. Somos nada, o menos que nada sin esa misteriosa y fecunda brisa de la comunión eclesial; podemos decir, parafraseando al Apóstol: en ella *somos, nos movemos y existimos*.

En esta Iglesia que peregrina en la fe, en medio de luces y sombras, por estas antiquísimas tierras ourensanas, estamos reviviendo este espíritu de comunión que, a veces, da la sensación que se ha dejado llevar del individualismo y particularismo que nos envuelve y nos ha llevado a descuidar el espíritu de comunión eclesial, que es ese ámbito nutricio en donde hemos nacido a la vida de fe y a la vocación.

Ayudadnos desde ahí a que no se apague el espíritu de comunión entre nosotros y rogad, como también nosotros hacemos, para que la brisa del Espíritu sople con fuerza y reavive esas ascuas de la comunión para hacer que el rostro de la Iglesia sea más creíble, aquí y allá.

Os bendice con afecto y se encomienda a vuestras oraciones.

Carta pastoral con motivo del Corpus Christi 3 de junio de 2018

A los Párrocos, Administradores parroquiales, Sacerdotes, Rectores de los Seminarios, Vicarios, Delegados Episcopales, Miembros de los Institutos de Vida Consagrada, Sociedades de Vida Apostólica, de los Institutos Seculares, Grupos, Movimientos, Asociaciones apostólicas, Cofradías; y a todos los fieles de la Iglesia en Ourense.

A lo largo de estos últimos años os he rogado, encarecidamente, a todos los sacerdotes responsables de las parroquias de la zona antigua de la ciudad, así como a los sacerdotes colaboradores en las diversas tareas pastoral, a los rectores y capellanes de las diferentes comunidades de esta ciudad y a los religiosos a que, como signo efectivo de comunión, participéis en la concelebración eucarística que tendrá lugar en nuestra Catedral, el próximo domingo día 3, a las 10 de la mañana, y a la procesión eucarística. Un año más, reitero esa invitación y ruego que la hagáis llegar a todos los fieles y comunidades religiosas de vuestras parroquias de referencia.

Durante este espacio de tiempo no están permitidas las celebraciones litúrgicas en todos los templos y capillas de la zona antigua de la Ciudad. Os ruego que sepáis aceptar, con espíritu de comunión, esta determinación pastoral motivada por el hecho de que esta fiesta del Corpus, con su procesión, es la única manifestación pública y externa, de carácter diocesano, de nuestra fe en Cristo, el Dios con nosotros. Somos una única Iglesia y debemos hacer ver a nuestros fieles que este acto constituye un signo expresivo de la comunión de todos: pastores y fieles, en torno a la misma Eucaristía, al mismo Señor, presididos por el Obispo que, con su Presbiterio, visibiliza la unión de todas las comunidades dispersas por la geografía diocesana y que por razones de distancia no pueden hacerse presente.

Nuestro pueblo, y todas las gentes de buena voluntad, necesitan vernos unidos. Formamos una sola Iglesia que tenemos la misma fe, que la celebramos y manifestamos unidos, y que queremos *caminar juntos*, sinodalmente, tras el Señor. Vivimos nuestra fe en el seno de esta gran Familia que es la Iglesia en Ourense, y todos necesitamos de todos.

Que la procesión del Santísimo Sacramento por las “rúas” de nuestra ciudad sea una manifestación viva de la fe y de la comunión de una Iglesia que quiere caminar unida, como reza el himno del Sínodo Diocesano.

Ruego a los sacerdotes que informéis, animéis y catequicéis a los fieles, para que sean conscientes de la fiesta que celebramos, del sentido eclesial que esta tiene para los hijos de la Iglesia Católica y, si no pueden asistir a la Misa en la Catedral junto con el Obispo y una representación del Presbiterio diocesano, lo podrán hacer a lo largo del resto del día, pues hay un horario amplio de celebraciones de la Eucaristía en nuestra ciudad, de modo que nadie puede justificarse,

en conciencia, de no poder participar en la Misa el domingo del Corpus.

Quisiera rogar, una vez más, que los miembros de la Adoración Nocturna, así como los que pertenecéis a las diferentes Cofradías os hagáis presentes con vuestras banderas y estandartes.

Por último, sería un consuelo para todos, que a esta procesión asistieran los niños y niñas que han hecho la Primera comunión tanto este año, como en el año precedente.

Qué Jesús sea por siempre bendito y alabado.

Os bendice con afecto.

EN LA REVISTA DIOCESANA COMUNIDADE

Abril*Carta a los participantes en el Sínodo diocesano (I)*

La aventura eclesial que tuvo su inicio el 20 de marzo de 2016, con el decreto de convocatoria del Sínodo Diocesano - aquel día era Domingo de Ramos en la Pasión del Señor y conmemoración de San Martín de Dumio, evangelizador de la antigua Gallaeciae - hoy se ha convertido en una realidad hermosa y fecunda ¡llena de esperanza! Esta experiencia sinodal ha tenido un largo y fructífero recorrido en nuestra Iglesia en Ourense pero era necesario revitalizarla y volver a poner en valor la sinodalidad, y mucho más si queremos asumir esta nueva etapa evangelizadora que el papa Francisco nos propone, en la que debemos redescubrir que Sínodo es nombre de Iglesia. Una Iglesia que quiere ser comprendida como misterio, comunión y misión. ¡Una Iglesia de discípulos-misioneros que desea vivir un auténtico espíritu de conversión! Ya hemos vivido la experiencia de los primeros encuentros en los grupos sinodales, con sus luces y sombras, pero sobre todo con mucha ilusión y esperanza. Hace unos días han concluido las asambleas sinodales de los arciprestazgos. Para muchos de vosotros, los que habéis participado en los grupos sinodales, ha sido una experiencia gozosa de lo que es ser Iglesia de modo consciente, viviendo una comunión en la que descubrimos cómo la diversidad es una riqueza que viene, como la unidad, del don del Espíritu. Después de la evaluación que hemos hecho en la Asamblea de los Arciprestes, Vicarciprestes y Delegados Episcopales, quisiera recoger la sugerencia que en ella me han hecho: Una carta a los sacerdotes, miembros de la vida consagrada y demás fieles laicos para animarles a emprender esta nueva etapa de reflexión. Es decir, a todo el Pueblo de Dios que vive su fe en estas tierras ourensanas. Ya hemos dado los pasos más difíciles, que son siempre los iniciales. Ahora tenemos que vivir con la ilusión propia de los que nos consideramos discípulos de Jesús, el Evangelio vivo.

Amigos míos: os ruego que no os dejéis inquietar por los encantadores de serpientes, ni por los charlatanes, como nos recordaba el papa Francisco en su Mensaje para la Cuaresma 2018. Vosotros no perdáis el entusiasmo que ha generado saber que vuestro Obispo cuenta con vosotros, con vuestras opiniones y sugerencias que se hacen presentes en ese número tan elevado de proposiciones. ¡Estamos en el buen camino! Cuando nos ponemos a caminar juntos, sin importarnos de qué grupo somos, o a qué parroquia pertenecemos, sino que queremos vivir una experiencia de comunión, de Iglesia Diocesana, entonces es que estamos viviendo en una Iglesia en camino y en salida. Nos lo han dicho muchas veces. Nuestras comunidades cristianas, de manera especial

nuestras parroquias, no agotan en sí mismas toda la actividad de la Iglesia. La riqueza de nuestra fe cristiana nos lleva a sentir que la vivencia de la comunión de fe y de fraternidad entre nosotros, es decir, de una sinodalidad real, es más fuerte que los pesimismo y la pasividad de algunos, o que la estéril oposición a la experiencia sinodal que postulan otros. La vivencia personal de comunión que estáis haciendo con los hermanos/as de otras comunidades y parroquias, a pesar de los esfuerzos que os supone, es ya enriquecedor: es una experiencia de Iglesia en salida. ¡Una experiencia sinodal! Si todavía no has podido encontrarte con un grupo sinodal, bien porque no te han sido propuestos o porque no has sido informado ¡todavía estás a tiempo para vivir este acontecimiento eclesial! Te animo a que acudas, cuanto antes, a aquellos lugares en donde ya funcionan los grupos sinodales; o bien que te pongas en contacto con la Secretaría del Sínodo que te indicará el lugar más cercano a tu lugar de residencia. ¡No dejes que tu voz se pierda! ¡No te quedes sin poder vivir esta experiencia de *Igrexa en Camiño*! ¡Con todo mi afecto en Cristo!

J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Mayo

María, Madre de la Iglesia

El mes de mayo es un tiempo eminentemente mariano, está incorporado a nuestro *código genético* espiritual, lo hemos vivido desde niños en nuestras casas, en los colegios de entonces y, por supuesto, en la parroquia. Este año, una vez más, el papa Francisco ha vuelto a sorprendernos. En un documento fechado el pasado día 11 de febrero, fiesta de la Virgen de Lourdes, obsequió a toda la Iglesia con un documento en el que ha establecido que la memoria de la ***Bienaventurada Virgen María, Madre de la Iglesia***, sea inscrita en el Calendario Romano el lunes después de Pentecostés y sea celebrada cada año. Con esta fiesta pretende lograr la promoción de esta devoción mariana, para *incrementar el sentido materno de la Iglesia en los Pastores, en los religiosos y en los fieles, así como la genuina piedad mariana*. Se nos dice además, *que esta celebración nos ayudará a recordar que el crecimiento de la vida cristiana, debe fundamentarse en el misterio de la Cruz, en la ofrenda de Cristo en el banquete eucarístico, y en la Virgen oferente, Madre del Redentor y de los redimidos*.

Ruego a todos los sacerdotes y demás fieles de esta Diócesis que mientras no dispongamos de los textos litúrgicos oficiales para la celebración de la Misa y de la Liturgia de las Horas de esta fiesta, utilicemos el formulario que aparece en el Misal Romano (*Edición actual, pp. 1078-1079; en la edición anterior, pp.*

1007-1008; y en el *Misal galego*, pp. 1007-1009). No nos olvidemos que este formulario mandó instituirlo el beato Pablo VI, el 21 de noviembre de 1964, como conclusión de la tercera sesión del Concilio Vaticano II, después de declarar a la bienaventurada *Virgen María “Madre de la Iglesia”*. De ahí que la Santa Sede, después de haber propuesto la misa votiva en honor de la bienaventurada María, Madre de la Iglesia, con ocasión del Año Santo de la Redención (1975), incluida posteriormente en el Misal Romano, concedió también la facultad de añadir la invocación de este título en las Letanías Lauretanas (1980). Os ruego que en ese día encomendéis, de manera especial, los trabajos del Sínodo Diocesano, a todos los que en él participan y para que la Madre de la Iglesia mueva los corazones de aquellos que todavía no han descubierto la importancia que este acontecimiento eclesial tiene para ellos y para muchos que todavía no han oído hablar del Sínodo.

Por otra parte, este mes de mayo, casi a su comienzo - el día 3 -, celebraremos la fiesta del Santo Cristo en la Catedral de Ourense; inmediatamente después comenzará la novena a la Virgen de Fátima en su parroquia-santuario de O Couto. En ese lugar, el **domingo día 6, a las 19.00 horas**, contando con la ayuda de las parroquias, de la Vicaría para la Pastoral y de la Hospitalidad de Lourdes, durante la Misa de la Novena, celebraremos el ***Sacramento de la Santa Unción*** para todos los enfermos de la ciudad y de su entorno que, de acuerdo con sus sacerdotes, estén debidamente preparados. No desaprovechemos esta ocasión de gracia a la que el Señor nos invita, bajo la mirada de la Virgen Madre, a celebrar este sacramento de forma más comunitaria.

Por último, y perdonad que sea reiterativo en este tema, pero de vuestra colaboración y de la de los vuestros depende la vida y el funcionamiento cotidiano de nuestra Iglesia Diocesana. Os ruego que no os olvidéis de marcar con la **X** correspondiente la casilla indicada en los formularios de la Delegación de Hacienda en favor de la Asignación Tributaria a favor de la Iglesia Católica. En el último año, en el territorio de nuestra Diócesis, hemos bajado un 1,69 % con respecto al año anterior. No os olvidéis que marcar esa **X** en favor de la Iglesia Católica que es compatible con marcar, también, la casilla de Asuntos Sociales. Sé que en ocasiones es más un descuido que otra cosa. Ayudémonos entre todos a convertir en real lo que se vive en la mayor parte del Pueblo de Dios. Ayudar a la Iglesia, utilizar el *Portal de Ayuda a tu Iglesia* que encontraréis en la web de nuestra Diócesis, es una forma de hacer real tantas necesidades como se puede cubrir con tan poco: funcionamiento de nuestra parroquias, reparaciones de templos, puesta en marcha de nuestros Seminarios, atención a los sacerdotes y demás agentes de pastoral para que puedan atender las 735 parroquia de nuestra Iglesia Diocesana.

Que Santa María, Madre de la Iglesia, nos ayuda a descubrir la belleza de sentirnos hijos, hermanos y responsables de esta Iglesia que camina por las tierras de

Ourense. Os encomiendo a Nuestra Madre y os bendigo con afecto.

J. Leonardo Lemos Montanet

Bispo de Ourense

Junio

Misterio de fe

Al comienzo de este mes de junio la celebración del *Corpus Christi* me ofrece el motivo para dirigirme a los hijos e hijas de esta Iglesia en Ourense para recordaros algo muy importante para nuestra existencia: la vida de Fe. Es necesario aprovechar todas las ocasiones que nos brindan las celebraciones litúrgicas para redescubrir los contenidos de la esta fe profesada, celebrada, vivida y rezada en la comunión de esta gran familia que es la Iglesia. Sólo no podemos caminar y estamos abocados al naufragio existencial.

En el cristianismo el punto de partida lo encontramos en el misterio de la Encarnación de Jesucristo. A través de este hecho fundamental para toda la humanidad, y no sólo para el cristianismo, el mismo Dios se abajó a nuestra realidad histórica, haciéndose hombre, en todo semejante a nosotros excepto en el pecado, para que nos convenzamos de que no se trata de que nosotros busquemos a Dios, sino de que Él mismo vino y sigue viniendo a nuestro encuentro y nos habla personalmente, de manera especial a través del Evangelio, que no sólo es un libro que contiene una Buena Noticia, sino que es el mismo *Cristo vivo* que sale a nuestro encuentro y se convierte para nosotros en Camino, Verdad y Vida. De ahí que en las misas solemnes el libro del Evangelio se lleva en procesión, se incienso, se besa, y con él se nos bendice. Os animo mucho a que tengáis pasión por el Evangelio, que sea un libro tan especial que ocupe un lugar destacado entre las cosas buenas que utilizáis cotidianamente. Es tan importante este libro que siempre que puedo recomiendo a los sacerdotes que, bien con motivo de la Primera Comunión, o de la Confirmación, regalen a todos un ejemplar del Evangelio. Léelo, subráyalo, apréndelo de memoria hasta que sea parte de tu propia vida.

En este libro se contiene no sólo la Buena Nueva del Reino, sino que es el mismo *Cristo vivo* el que a través de sus páginas nos habla, nos orienta, nos anima y, sobre todo, sale a nuestro encuentro como una persona viva que no se impone, sino que nos propone, amablemente, con la suavidad del misterio de la gracia, un estilo de vida que es él mismo y que, seguro, transformará nuestra existencia y la de los que nos rodean.

Es ahí en donde va creciendo nuestra fe en Jesús que, con la ayuda del Espíritu Santo, nos invita a profesarla en la vida ¡no podemos esconderla!, y no sólo eso sino que debemos celebrarla, de manera especial en ese encuentro de

familia que es la Eucaristía dominical y festiva. Si somos cristianos ¡no podemos vivir sin celebrar la Eucaristía! Y esa fe *profesada, celebrada y rezada* nos lleva a *vivirla*. El papa Francisco nos ha recordado, recientemente, que para vivir nuestra fe con coherencia necesitamos luchar por hacer nuestro el espíritu de las Bienaventuranzas.

Os invito a que durante este tiempo estival leáis con atención la nueva exhortación del papa Francisco *Gaudete et exultate* (Alegraos y regocijaos), en ella encontraréis, con la frescura y la cercanía propia del estilo del Santo Padre, un camino para hacer realidad viva la fe que profesamos y así se convertirá como camino ordinario para nuestra santidad y la de nuestros hermanos.

Os bendice con afecto y se encomienda a vuestras oraciones.

J. Leonardo Lemos Montanet

Bispo de Ourense